

NUEVOS ESPACIOS PARA LA MEMORIA. UNA PROPUESTA DE INVESTIGACIÓN

Antonio Pantoja Chaves

Universidad de Extremadura, Spain. E-mail: pan@unex.es

Recibido: 8 Mayo 2008 / Revisado: 31 Mayo 2008 / Aceptado: 6 Junio 2008 / Publicación Online: 15 Junio 2008

Resumen: En el proceso de aceptación de lo nuevo en el que están inmersas las disciplinas humanísticas, la actitud que se manifiestan ante las tecnologías digitales es la de considerarlas como un mundo ajeno, paralelo y distante. La clave para emprender el viaje sin perder nuestra identidad se encuentra en la capacidad de adaptación de los nuevos planteamientos de participación e integración, pero siempre, y en la medida de nuestras posibilidades, sin despreciar lo anterior.

Palabras Clave: Fotografía, memoria, discurso visual, soporte digital.

“Están surgiendo problemas que no pueden tener respuesta con el solo recurso de la tecnología y que necesitan la inspiración, el encuadre, que proporciona la cultura humanística. También se está comprobando que nuevas cuestiones en el mundo tecnológico de hoy son viejas cuestiones, amplificadas y de otra manera formuladas, que vienen preocupando al hombre durante siglos”.

Antonio Rodríguez de las Heras

INTRODUCCIÓN

Todo lo nuevo crea expectación, una atracción intensa aunque a menudo provisional que, poco después, incomoda, porque lo nuevo por inesperado o por imprevisible debilita las certezas establecidas anteriormente.

Pero a veces lo nuevo se puede transformar o adecuar como una herramienta que, aplicada en toda su extensión y utilizada con criterio sobre lo ya establecido, permite a la vez innovar y crear incertidumbres, una motivación imprescindible y urgente en la investigación.

Esta sensación afectó a las disciplinas humanísticas en los años pasados y ha crecido desde que se considera que lo nuevo está identificado con las tecnologías digitales, que venían a cumplir sus funciones sobre todo en el campo que académicamente conocemos como Ciencias. El desarrollo de las tecnologías de la información emprendía en principio un camino totalmente divergente de la línea humanística y los intentos de aplicar esta revolución en las humanidades se consideraba algo extraño y se miraba con recelo. Pero, pasadas las primeras reacciones, el recelo inicial y el encuentro entre el nuevo humanismo y la sociedad tecnológica está sugiriendo nuevas propuestas ante las que debemos reflexionar si queremos entender y afrontar nuestro presente.

No obstante, en el proceso de asunción de lo nuevo han surgido también interpretaciones que han entendido este salto tecnológico como una especie de maravilla, entregándose a la tecnología desde la fascinación y la idealización. La precipitación por sumarse a lo que llega nos puede llevar a excedernos en la supuesta modernidad, sin pensar que lo nuevo con el tiempo se hará viejo y provocará la búsqueda de la novedad permanente. Así, muchas de las disciplinas humanísticas en las que el cambio ha sido peligrosamente súbito, se han tecnificado en exceso con la imposición de lo nuevo y con la preocupación de no quedarse desactualizados, tanto en materias como en entornos de trabajo. Ello ha supuesto toda una redefinición y revisión de las propias disciplinas que se han integrado en aras de esa modernidad en la ciber-cultura o el ciber-humanismo.

Sería un error quedarse anclados en el pasado sin atender a lo nuevo, pero este error se convertiría en fracaso si nos dejáramos llevar

por la simple parafernalia tecnofílica que puede hacer derivar a nuestra disciplina hacia una participación inconsciente en un futuro impredecible. Ante la radicalidad de ambos comportamientos se impone la urgente necesidad de adoptar una posición intermedia, una actitud creativa desde la investigación para que se produzca un encuentro real y efectivo entre las humanidades y ese mundo al que presumiblemente pertenecen las tecnologías digitales, desde el que sepamos conciliar convenientemente ambas direcciones en el presente. Las dos actitudes conviven en la actualidad, pero ante el desacuerdo en este cruce de posturas proponemos la unión de ambas, para tomar una nueva dirección que nos permita avanzar como disciplina.

Una vez instalados en el cambio que supone conciliar los contenidos humanísticos con las tecnologías digitales, las posibilidades que surgen de este encuentro se podrán sopesar en la variedad de propuestas y sugerencias que estemos dispuestos a desarrollar, así como en la calidad y la capacidad observadas en sus resultados.

De entre todos los posibles desarrollos, teniendo en cuenta además que este encuentro ya se ha establecido en otros campos —desde la tecnología pura a las ciencias aplicadas, los medios de comunicación o las transformaciones que están experimentando disciplinas tan especializadas como las ingenierías o tan creativas como las artes—, lo que más nos concierne desde la historia es hacer memoria en soporte digital, en el sentido de conformar una memoria exenta, como la entiende el profesor Rodríguez de las Heras¹. Una propuesta que nos permita reproducir lo más adecuadamente los recursos de nuestra memoria natural con los artificios propios del espacio digital, pero con una lógica de organización de la información en la que dedicamos una especial atención a lo visual, muy diferente por tanto a la practicada en otros soportes anteriores creados también para hacer memoria. El hombre, a lo largo de toda su existencia, ha desarrollado, de forma progresiva hasta llegar a nuestros días, máquinas de la memoria, tecnología destinada a contener y transmitir la información. Desde los primeros intentos del pasado, con resultados escasos pero trascendentales, hemos pasado a estar frente a un inabarcable mar de información que nos maravilla, pero que también nos inquieta. Las soluciones tomadas a lo largo de la historia para contener la información han sido múltiples y

estrechamente relacionadas con en la época en la que surgieron. En nuestro tiempo, una de las primeras reflexiones de las que debemos partir para entender el fenómeno que caracteriza a la llamada sociedad de la información, es que se trata de una sociedad sin memoria, pues no tiene capacidad de hacer frente a todos los acontecimientos que se producen en la actualidad, vive el instante, consumiendo información sin cesar y sin ningún orden consciente. Paradójicamente estamos instalados en la sociedad de la información, haciéndonos partícipes de esta denominación que parece excluir al resto de las generaciones anteriores, cuando en realidad es a nosotros a quienes se nos plantea el problema de retener la información y pretender hacer memoria con ella. Vivimos en una sociedad sobreinformada que no está educada para el recuerdo.

La metáfora que sugiere el espacio digital es que este nuevo soporte nos va a permitir discurrir por la información que reside en su entorno de una forma muy similar a como lo hacemos con nuestra memoria, una idea que es algo más compleja que su simple enunciación, pero que es ampliamente conocida y planteada desde otras disciplinas de estudio:

1. En primer lugar porque, en el proceso de construcción de una memoria exenta o artificial en el soporte digital, se está alcanzando una elevada identificación mediante el desarrollo de unas propiedades tan significativas como las del registro, selección, actualización y el acceso a la información².

2. Además, este soporte nos permite integrar todos los registros anteriores que también fueron ideados para conformar la memoria y que se manifestaban de manera aislada en los distintos soportes al uso. De tal manera que todos, la narración escrita, la oral, la música, la fotografía y la secuencia cinematográfica, quedan ahora digitalizados en un mismo código que establece formas de organización muy parecidas a las que practicamos con nuestra memoria.

1. PRINCIPIOS DE LA MEMORIA APLICADAS AL SOPORTE DIGITAL

En cuanto al manejo de tales propiedades hoy estamos tan habituados que redundar en sus características sería constatar evidencias con las que trabaja todo aquel que esté familiarizado con el entorno digital. Pero, a modo de ejemplo, nos vamos a valer de una aplicación, la Fototeca

digital para la Historia³, que nos va a servir como presentación de unos resultados concretos y, a su vez, como ejemplo para incidir en algunos contenidos de estas propiedades:

Registro. Uno de los mayores inconvenientes que aparece cuando se produce la concentración de información, sea del tipo y de la naturaleza que sea, es el volumen que ocupan todos los registros, catálogos o repertorios que queremos acumular. La capacidad de depósito que el soporte digital ofrece en el proceso inicial de recogida y recopilación de datos es casi infinita. El espacio digital dispone de una ilimitada capacidad de almacenamiento, una altísima densidad, siendo ésta una de las primeras evidencias que consideramos como una propiedad exclusiva si la comparamos con otros soportes para la información. De esta manera, al intentar abarcar todas las fotografías posibles, relacionadas para nuestras pretensiones investigadoras con la historia de la fotografía en España atendiendo a sus distintas fuentes y producciones, la base de imágenes digital proporciona la seguridad y la competencia de poder registrar todo cuanto deseemos o estimemos necesario en nuestro trabajo.

Además, toda la información visual que hemos recopilado como tarea previa para nuestro archivo casi no ocupa lugar, no pesa y no incomoda. Primero porque queda registrada en un nuevo espacio que sólo se muestra cuando activamos cada registro o queremos recuperar una parte para trabajar. El volumen de información contenida en la base de imágenes ya no se mide en número de líneas o de páginas, sino que se computa mediante nuevas medidas o unidades que llamamos bytes, y sus ampliaciones en megas o gigas, que se encuentran comprimidas en el espacio digital en distintos formatos, dependiendo del tipo de información o registro. Por tanto, a diferencia de otros soportes, la información no pesa pero además se puede trasladar, en disquetes, CD's, tarjetas digitales o memorias externas, que se integran en diferentes terminales en los que igualmente podemos trabajar y ampliar nuevamente los registros digitalizados, por no hablar de la infinita capacidad de comunicación a través de la red.

La información así organizada es muy versátil, mucho más incluso que sobre otros soportes que, en su día, gracias al avance y difusión de las, entonces, nuevas tecnologías, acercaron el conocimiento a todas las latitudes y permitieron

que se compartiera entre los miembros de una sociedad como ocurrió con el libro. Pero la facilidad de acceso a la información que ha sido una de las causas del progreso del conocimiento, se refuerza de forma extraordinaria en el espacio digital, al disponer de nuevas posibilidades de interconexión mucho más rápidas y acortando las distancias. El tiempo y el espacio se concentran en un mismo punto, una cualidad que ha transformado nuestra relación con la información y que hoy ya no sorprende tanto por el hábito creado. Sólo nos lamentamos cuando por cualquier motivo o problema aparece la lentitud y reclamamos el funcionamiento preciso al que ya no podemos renunciar.

La información no pesa ni ocupa lugar y no supone una carga, pero precisamente el éxito en el tratamiento de tanta información en este nuevo espacio, alienta inquietudes parecidas a las que manifestábamos cuando carecíamos de ella, es por tanto una cuestión que debemos tener presente para su tratamiento en el nuevo espacio.

En lo que respecta a nuestra base de imágenes, las atribuciones y propiedades referidas sobre la información son más que evidentes. Cada registro digitalizado, compuesto por los datos expresos e identificativos de cada ficha, se integra en un archivo ilimitado de imágenes que, instalado en otros soportes nos incomodaría por el exceso de peso y por la cantidad de páginas o tarjetas que se requerirían para el mismo trabajo. El soporte digital alivia de la carga del registro, del depósito, nos ofrece la posibilidad de ampliar con datos precisos y con toda serie de especificaciones, al tiempo que permite el enlace con otros archivos o autores que completen el trabajo y la utilización del mismo en distintas versiones y dispositivos propios del entorno digital. Por tanto, estamos ampliando una de las cualidades más apreciadas de nuestra memoria, la capacidad de registro en un nuevo espacio para la memoria.

Selección. Pero si esa memoria nada más que la alimentamos con el registro, con la simple acumulación de datos, desembocaríamos en el colapso y en el bloqueo de nuestra capacidad de recorrer o discurrir por las distintas caras de la memoria y de la capacidad de incorporar información nueva. De ahí que, ante la abundante información visual que hemos volcado en el soporte digital, necesitemos claramente de la aplicación de un criterio lógico de selección de la misma. Esta propiedad determina nuestra

actuación en los nuevos soportes, ya que éstos por sí mismos no pueden desempeñar esta función de forma autónoma, si no es mediante una serie de instrucciones. Pero este principio de selección mecánico daría un resultado aleatorio, fragmentado y disperso, cuyas partes no podríamos reunir en un discurso ordenado y coherente. Por tanto, insistimos una vez más, los nuevos soportes necesitan de nuestra participación mediante un criterio de selección propio de nuestra memoria, porque nuestra lógica de actuación es mucho más rica en matices y más compleja que la simpleza de la lógica binaria de los soportes digitales.

En este ejercicio de filtrado de la información visual y a pesar de estar inmersos en el mundo audiovisual, nosotros proponemos la utilización de la fotografía en los nuevos soportes, sin olvidar el concurso de la palabra y otros recursos que pueden igualmente aprovecharse con el propósito de hacer memoria. La fuerza que contiene el instante fotográfico actúa de filtro, y su capacidad de depurar información se asemeja a las formas que presenta nuestra mente a la hora de retener y recuperar las imágenes o las experiencias visuales. Mucho mayor, por tanto, que cualquier secuencia, ya que una fotografía bien escogida, bien mirada, proporciona más información que la imagen en movimiento, ¿qué recordamos con mayor nitidez la fotografía de Tejero, pistola en mano encima de la tribuna del parlamento, o la retransmisión televisiva del 23-F? Este efecto, que consideramos como una cualidad de la fotografía, se manifiesta porque en realidad la memoria natural piensa en fotografías, nadie alcanza a pensar en movimiento, la memoria no conserva imágenes en movimiento sino que se mueven al recordarlas.

La carga de memoria que posee la fotografía nos posibilita filtrar mucha información en un instante, en esta facultad reside su validez ya que nos muestra un momento de un proceso más amplio que nos ayuda a prescindir de muchos detalles redundantes. Pero quizá lo más sugerente que nos brinda la fotografía en el soporte digital sea la posibilidad de desarrollar la amplitud de ese proceso con nuevos instantes que, previamente, debemos seleccionar, de tal manera que el fragmento aislado engarzado con otros tantos posibles en este soporte se transforma en un continuum. Nuestra memoria individual es una memoria de instantes, recreados en un proceso que los enlaza en un discurso. Pues bien, esta misma lógica nos sirve

para articular un discurso con fotografías en el soporte digital, en el cada imagen conecta con una o varias imágenes y cuyo enlace puede activarse de muchas formas y su sentido puede variar dependiendo de las exigencias de cada momento.

Con esta propuesta incorporamos la fotografía en el soporte digital, articulada en un discurso en el que se pliega la información registrada y a cuyos pliegues accedemos a partir de la interacción que posibilitan las tecnologías digitales. Así como conectamos los instantes contenidos en nuestra memoria en un momento dado y los relacionamos con otros dentro de una coherencia discursiva mediante un proceso activo que nos permite poner en relación muchas de nuestras vivencias para incorporarlas al presente, de una forma similar nuestro discurso se irá configurando a partir de la interconexión de unas fotografías con otras, en un intento de hacer memoria como si tratáramos de conectar recuerdos y darles sentido en nuestra mente.

Actualizar. El soporte digital ha incorporado otra facultad relevante de la memoria ya que nos permite renovar la información cuantas veces precisemos. Si bien esta función se había contemplado en otros soportes, la tarea entrañaba una mayor dificultad y las restauraciones acometidas podían desvirtuar el sentido y la coherencia de la obra final. Cuántas veces ante el acabado de una publicación o de un trabajo bien hecho nos hemos sentido contrariados al advertir erratas editoriales o una desazón por no incluir las últimas aportaciones que hubieran asegurado una mejor comprensión y vigencia de los resultados. Sin embargo, en el espacio digital podemos disponer de las correcciones más simples, como las que practicamos en nuestro procesador de textos o editor de imágenes, un ejercicio en el que ya no se pone la atención, la prudencia y la destreza que exigía la caligrafía que practicaban los antiguos escribanos, la mecanografía, o el cuidado de los delineantes, expresiones todas de unas formas de escritura ciertamente ya extinguidas.

Pero también el nuevo soporte nos permite actualizaciones más complejas, en el sentido en el que las publicaciones digitales debemos concebirlas como obras abiertas, dispuestas a constantes y múltiples incorporaciones, por lo que se hace necesario el diseño de un arquitectura en la que cada parte se pueda revisar, retocar o desechar por nuevas añadiduras, pero sin afectar a la base de esa

construcción, pero para que todo lo que se registra esté sometido al posible cambio. El planteamiento y la configuración de esta arquitectura digital no debe ser el proyecto personal y exclusivo de un autor, de una forma de escritura, sino que se deben incluir, así lo entendemos, el trabajo de nuevos escritores, la aportación de una investigación en equipo, que cada cual desde su dominio ingrese sus resultados en un espacio compartido y abierto a su vez a nuevas incorporaciones. Esta forma de actualización sólo es posible en el soporte digital, que ya está ofreciendo nuevas formas de trabajo en grupo que antes eran únicamente una aspiración llena de buenos propósitos pero ahora se han convertido en realidad. Con esta propiedad, la información registrada se actualiza con gran facilidad sin que se resienta el soporte y el contenido, permitiendo correcciones muy eficaces como las que realizamos en nuestra memoria natural.

Pero no debemos quedarnos en este punto, la Fototeca digital tan sólo es una aplicación de registro del material de trabajo desde la que debemos desarrollar nuevas partes de la obra digital. Así, esta misma estructura debe servir de guía en la confección de las distintas y posibles aplicaciones que se pueden generar a partir de la imagen, en nuestro caso, o de otros recursos que se precisen. Con la particularidad de que todos ellos deben ser concebidos para que residan en el espacio digital, porque si nos cerramos en nuestro espacio propio, estamos limitando de nuevo las sucesivas actualizaciones y relaciones que este soporte posibilita. Teniendo en cuenta, además, que el soporte digital lo integra todo y funde los más diversos registros en un mismo código. Esta propiedad debe prevalecer ante el volumen de información que se genera y con el que se opera diariamente, para no perdernos en las singularidades y para que, finalmente, las actualizaciones no dañen el contenido inicial.

Acceso. Si el soporte digital permite un registro ilimitado y las más diversas opciones de actualización, dispone además de otra función, el acceso, que en su práctica se asemeja una vez más a las formas de funcionamiento de la memoria natural. El hecho de que tengamos a nuestra disposición toda la información, facilita el que podamos acceder a todos los registros y, así, recuperar lo más preciso o lo más importante de una forma instantánea y sin grandes esfuerzos. La accesibilidad es, por tanto, otra propiedad interesante que se potencia en el nuevo espacio y mediante la que conseguimos

llegar a cualquier parte. La incorporación de esta función acorta las distancias que antes se hacían insalvables en los tiempos en los que la información estaba aislada, pero además libera del tedio que supone o suponía la duración de la consulta y la búsqueda de referencias precisas en otros soportes. En el soporte digital todo se acorta ya que la información se concentra en un punto que converge en la pantalla, de tal manera que el espacio y el tiempo de la información coincide con el nuestro, una propiedad que hace desaparecer, incluso, el concepto de soporte.

La función de búsqueda en el entorno digital es una de las tareas esenciales porque permite examinar los elementos o componentes del sistema. Para otras búsquedas más evidentes o corrientes —como las que nos ayudan a recordar la ubicación de directorios, archivos o partes de sus contenidos, o las más practicadas como las batidas que se realizan en Internet para localizar las entradas que nos interesan— se han levantado unos potentes motores de búsqueda, como por ejemplo, la web de Google que cuenta con tantos adictos y con un número de consultas tan elevado que se ha adoptado el verbo *googlear*, entendido como acción de buscar en la red. Con la misma finalidad, la base de imágenes de nuestro trabajo cuenta indudablemente con una opción de búsqueda por los diferentes campos según se requiera, tanto por temas, fechas, protagonistas o características de la imagen.

Todas estas herramientas de acceso a la información que contiene el espacio digital son muy provechosas.

Pero el acceso también incluye nuevas posibilidades que están relacionadas con la forma que tiene este soporte de registrar la información. En este medio el contenido ya no se dispone de forma lineal, como ocurre en otros soportes, o en estas mismas páginas que simulan al libro-código antes de quedar impresas en el papel. En el soporte digital la información se acomoda en base a una nueva lógica de organización que permite plegarla, un nuevo procedimiento de contener los registros que se asemeja a la capacidad humana de retención. Al igual que cuando se recuerda desplegamos con mayor o menor extensión el tiempo vivido, según convenga, de la misma manera podemos acceder o abandonar otras partes del espacio digital mediante un despliegue mayor o menor de la información registrada, sin perder la

continuidad del discurso y la comprensión del contenido.

De esta forma, nos acercamos a la explicación de las cuestiones que hemos sugerido anteriormente y que se han convertido en una constante en nuestro actual trabajo de investigación. Las características de estas propiedades del espacio digital no tendrían más sentido e interés si con ellas no vamos dando forma a lo contenido en la memoria exenta, con la construcción de nuestro propio discurso en el nuevo soporte. Una narración con contenidos propios de la disciplina histórica que nos permita plegar los registros para así adecuar el volumen de información y el material de investigación a las dimensiones de este nuevo espacio; en el que, además, podamos integrar coherentemente las singularidades de cada registro, texto, audio e imagen, en las partes de la estructura discursiva, con sus posibles actualizaciones e incorporaciones; y a la que debemos aplicar una lógica de organización y un criterio de selección que deben estar presentes en la confección de los distintos recorridos, para que nos permitan abarcar los procesos históricos con la participación de nuevos recursos de escritura.

2. NUEVAS FUENTES EN LA PUBLICACIÓN DIGITAL

Una de las principales preocupaciones de los autores digitales a la hora de trabajar en este espacio es la de crear nuevas herramientas para el discurso, nuevos recursos e, incluso, un nuevo lenguaje. Ya adelantamos que no es objeto de nuestra investigación fijar las reglas de este nuevo horizonte de trabajo, pues sería muy pretencioso por nuestra parte aspirar a que los resultados de este trabajo se impusieran y extendieran como una norma generalizada por mucho que nos apasione y apreciemos estos avances para nuestro trabajo. Creemos que la importancia reside simplemente en plantear nuevas formas de creación que asistan a la edición y la publicación digital.

Estos primeros pasos han abierto nuevos temas de discusión⁴ en cuanto a la forma de organizar la información en ese espacio, y más concretamente en la traslación del texto impreso al espacio digital. Un enfrentamiento controvertido entre la pervivencia del libro o la consolidación de su versión digital. Una dialéctica social, cultural y académica, hasta ahora poco constructiva y comprensiva, que ha surgido entre los defensores de la cultura

impresa y los que apuestan por la cultura digital, entre los que se interrogan constantemente por el futuro del libro y los que pretenden articular el libro del futuro. Uno de los planteamientos erróneos, a nuestro entender, es asociar el concepto libro con el formato en el que se presenta, ya que lo interesante es la importancia adquirida por el texto y no el soporte donde se proyecta. Cada soporte debe buscar la función que se exige en cada momento, al igual que hizo la pintura tras la aparición de la fotografía. Con una competencia feroz cuando llegaron a converger ambas manifestaciones en el tiempo, el cuadro y la creatividad pictórica empezó a desarrollar nuevas y originales formas de representación a favor en otras corrientes artísticas, abandonando su pretensión secular de representar la realidad.

Se han identificado tanto determinados modelos de representación con nuestra cultura, que resulta difícil aceptar que puedan desarrollarse sobre soportes de distinta naturaleza y con similares características. El libro tuvo tal éxito, y lo sigue teniendo, no sólo como modelo tecnológico en sí, ya que recogió una serie de modalidades ergonómicas que lo identificaron con el hombre y lo hicieron una extensión de sus mismos sentidos, sino porque se ha convertido en el soporte idóneo para la difusión de la cultura y la ciencia durante más de cinco siglos. Pero actualmente se está definiendo una nueva sociedad sin papel que hace peligrar el medio tradicional para la escritura, su materia física, pero no lo que se escribe, pues los nuevos soportes recogen y potencian la escritura.

Las aportaciones iniciales están planteando nuevas formas de escritura adecuadas al espacio digital, pero todavía no se ha fijado, por múltiples razones, el procedimiento ideal a través de la pantalla en el que resida definitivamente la escritura como lo hizo en su día en el papel. Esto es debido principalmente a que se está haciendo de la pantalla un émulo de la página y esta tendencia, que ha sido el punto de partida de numerosos experimentos, limita las prestaciones del soporte a la hora de ejercitarse con nuevas escrituras, al tiempo que carga de razones a los que todavía se mantienen en la crítica y alimentan con suspicacias su oposición al soporte digital como un espacio creativo para el texto.

Pero sobre todo porque desde el inicio se ha identificado la idea de libro digital con los diferentes soportes y aplicaciones de

almacenamiento ilimitado de información. Tras la aparición del CD-ROM, en la primera mitad de los ochenta, se empezó a hablar decididamente del libro del futuro gracias a su densidad y versatilidad, incluso se publicitaba como “The New Papyrus” en referencia al soporte milenario. Pero rápidamente se puso en duda esta denominación ya que tan sólo marcaba una diferencia en la densidad y portabilidad de la información, pero escasamente en el uso del nuevo modelo de libro⁵.

Superadas las reacciones lógicas que comporta todo cambio, ya que se trata de conservar lo mejor de algo conocido y reemplazarlo por algo que resulta ajeno y difícil de utilizar, las principales compañías de informática sacaron sus diseños al mercado: Canon, Fujitsu, IBM, JVC, Microsoft, Minolta, y la misma Sony. Estas firmas junto con otras empresas emprendieron un proyecto que tuviera todas las condiciones adecuadas para, si no de forma inmediata sí en un corto período de tiempo, invertir en una alternativa digital al modelo tradicional. De esta forma se empezaron a suceder las diferentes versiones de soportes electrónicos, la iniciativa de OpenBook, el modelo SoftBook Press, el Rocket eBook o el EveryBook⁶. Con la presentación de estas tabletas digitales se estaban definiendo los posibles dispositivos de lectura, de almacenamiento de textos, su recarga y actualización, o las unidades y formas de conexión, pero no se determinaba el contenido que debían albergar estos nuevos soportes. Las firmas comerciales en su intento de desligarse del ordenador como terminal de lectura, por los inconvenientes y rechazos que está causando, paradójicamente reproducen los mismos contenidos y aprovechan idénticas aplicaciones de navegación, por lo que no han tenido en principio el éxito deseado, además de por su elevado coste, y porque no dejan de ser una cierta transformación más sofisticada del ordenador.

La tecnología del eBook todavía no se ha instalado definitivamente en el seno de las sociedades actuales como de hecho está ocurriendo con otras tecnologías digitales, desde el propio ordenador personal, los terminales de telefonía móvil o las agendas electrónicas. La serie de predicciones y expectativas que ha generado no son realmente consistentes. Por el momento nadie confía sus publicaciones digitales a estos soportes y todavía este marco no se manifiesta como el horizonte futuro para los distintos autores y editoriales, ni para la literatura, lo que explica el rotundo fracaso de

proyectos como los de Stephen King con su obra *The Plant*, ni para los trabajos de divulgación científica o ensayos de investigación y ni tan siquiera para la prensa, a pesar de que estos procedimientos proporcionarían una adscripción diaria de millones de lectores.

En estos momentos se están buscando soluciones para la estandarización del producto final y en el diseño óptimo del continente, debido a la gran cantidad de ofertas comerciales. A nuestro juicio, y a expensas de equivocarnos debido a que todo está por hacer, se comete el error de no plantear nuevas formas de escritura y reflexionar sobre cómo debe estar organizado el contenido, ya que, insistimos, no se están aprovechando las posibilidades de creación que comporta la edición digital sino que tan sólo se reproducen los modelos que el libro-códice ya ha desarrollado.

No obstante debemos aclarar, en favor de muchos autores digitales, que se están elaborando nuevos proyectos de libros digitales alejados de la línea estrictamente comercial de los eBooks, con los que se aspira a dar el salto de calidad definitivo en la creación digital. La relación es extensa pero tan sólo nos vamos a detener en la obra que ofrece el profesor Rodríguez de la Heras, *Los estilistas de la sociedad tecnológica*⁷, que nos sirve de guía constante en la reflexión de lo que debe ser un libro digital. Pensado minuciosamente en todas sus facetas, con una notable claridad expositiva y una gran sensibilidad literaria, el lector tiene la impresión de encontrarse ante un auténtico clásico sobre la materia, a pesar de que se trate de una publicación tan novedosa. La originalidad de este libro, y por tanto de su autor, radica en que ha sabido conciliar las posibles soluciones técnicas, mediante recursos que evidencian una equilibrada concepción interactiva que profundiza hasta el límite en todo el potencial que ofrece la estructura del hipertexto, sentando las bases de lo que presumiblemente será la edición digital, junto con la capacidad intelectual de escribir un ensayo en el que reflexiona, mediante una serie de metáforas, sobre las características de la sociedad que se está conformando por efecto de las nuevas tecnologías.

Pero no sólo el texto debe ser motivo de reflexión. Si hasta ahora el texto impreso y su organización en la página del libro ha significado el recurso más eficaz y revolucionario para hacer memoria, si queremos

desempeñar esta función en el espacio digital desde las disciplinas humanísticas, tenemos que reorganizar ese espacio con todas las fuentes posibles que el entorno digital potencia. El texto no puede desaparecer como herramienta para la escritura, pero no debemos limitarnos sólo y simplemente a sus prestaciones. El soporte digital ha concentrado otros códigos, sino más potentes, quizás más adecuados para este entorno, algo que ha venido sucediendo también en el soporte libro pero que, aunque nos cueste reconocerlo por la estima y el valor que le otorgamos, lamentablemente está llegando a su techo. En las recientes ediciones el libro ha concentrado distintos tipos de información. La textual es la predominante lógicamente, pero también ha incluido información visual, a través de la imagen, fotográfica principalmente pero también todo tipo de reproducciones pictóricas, grabados o dibujos, e incluso ha incluido audio y grabaciones sonoras, aunque ésta ha sido una práctica exclusiva de libros publicados para fines menos académicos. Estas exigencias, muchas veces impuestas por un interés empresarial, están evidenciando que el soporte libro no puede competir con la versatilidad del soporte digital, y mucho menos enfrascarse en una rivalidad abierta. Cada uno debe profundizar en las funciones que puede desempeñar y de esta forma el conflicto actual podría quedar regulado. El soporte digital presenta la capacidad de diluir todos estos códigos, el textual, el visual y el sonoro, y presentarlos de una forma única sin que la composición desnaturalice el sentido de la obra digital. Cuando se habla de la combinación de todos estos recursos, rápidamente el lector digital familiarizado con este tipo de productos piensa instintivamente en las obras multimedia de un marcado interés comercial, pero precisamente este tipo de trabajos, sin desmerecer sus aportaciones, consideramos que son únicamente el inicio de la edición digital. En esta línea pretendemos experimentar, pero desde la investigación académica mediante trabajos como el que aquí presentamos.

El resultado final de nuestro trabajo de investigación será presentar, obviamente en soporte digital, la elaboración de un nuevo discurso que contenga texto, pero también imagen —fotográfica fundamentalmente— y documentos sonoros. No podemos llegar a pensar en un discurso digital, al igual que no hablamos de un discurso mural o de un discurso del libro, porque sería dotar al trabajo de una connotación propia del soporte en el que se presenta. La denominación proviene del tipo de

información que se utiliza en determinadas ocasiones y dependiendo del contenido que se requiera será un discurso textual, visual o sonoro. Adelantamos que dedicaremos una especial atención al discurso visual desarrollado en el soporte digital fundamentalmente por dos razones: primero, porque esta fuente está encontrando una aceptación social y académica mayor al insertarse en el espacio digital en el que se pueden explotar abiertamente las cualidades que encierra, alcanzando a la vez una consideración que otros soportes no le habían proporcionado hasta la fecha; y segundo, porque la imagen, sobre todo la imagen fotográfica, se revela como una fuente muy potente para hacer memoria. En resumen, la imagen fotográfica va a posibilitar elaborar un nuevo discurso contenido en el soporte digital y altamente capacitado para hacer memoria.

Otro de los debates abiertos tras la emergencia y consolidación del espacio digital, es el que se deriva de la trascendencia y vigencia de lo audiovisual frente a la pervivencia de la cultura escrita o impresa. Un enfrentamiento entre el viejo y conocido espacio de la página frente al naciente espacio que se abre tras la pantalla. Una polémica en la que el profesor Rodríguez de las Heras ha advertido la división provocada por los iconoclastas y los biblioclastas⁸, entre los que desprecian todo contenido que surge tras la pantalla porque lo consideran como un subproducto cultural y los que, confiados en la supremacía de lo audiovisual, se muestran seguros en su discurso por la aceptación que están alcanzando socialmente las nuevas tecnologías.

Es bien sabido que la imagen está considerada como un medio más primitivo y menos reflexivo, dirigido a sociedades carentes de valores intelectuales, pero tal apreciación, y a nuestro parecer depreciación, ha estado motivada por la baja estima que han tenido las fuentes visuales frente a la trascendencia que sigue teniendo el texto como medio de transmisión del conocimiento. La imagen, y sobre todo la fotografía, han recuperado y revalorizado su interés gracias a la irrupción de las sucesivas tecnologías de la imagen. La fotografía, a pesar de haber cumplido más de siglo y medio o quizá por eso, ha preservado las funciones y las características para las que fue concebida, la tarea de capturar, representar e interpretar la realidad, sigue por tanto vigente a pesar de que junto a ella se han consolidado otros medios de reproducción de imágenes como

son el cine, la televisión y el video analógico o digital. Esta reflexión motiva que consideremos a la fotografía como una de las fuentes para la comunicación más válidas dentro de la denominada Sociedad de la Imagen.

Existe una preocupación por conceder a la imagen fotográfica un espacio en el que se potencien sus cualidades y características. Las ediciones electrónicas o las propias publicaciones en red abren nuevas galerías, en las que se otorga al instante fotográfico la capacidad de informar o de sugerir los acontecimientos e intenta competir en el mismo nivel de igualdad con el texto. La imagen en los nuevos soportes ha recuperado su identidad y su espacio frente a otros recursos para la comunicación, como la palabra. Esta perspectiva plantea el reto de dotar a la fotografía de la consideración necesaria para generar un nuevo lenguaje visual autónomo y para utilizar ese nuevo espacio y sus entornos adecuados para la imagen.

3. LA HISTORIA ENTRA EN EL ESPACIO DIGITAL MEDIANTE... LA IMAGEN

En el proceso de aceptación de lo nuevo en el que están inmersas las disciplinas humanísticas, en la actitud que manifiestan ante las tecnologías digitales con todo ese mundo que parece ajeno, paralelo y distante, la clave para emprender el viaje sin perder nuestra identidad se encuentra en la capacidad de adaptación de los nuevos planteamientos de participación e integración, pero siempre y en la medida de nuestras posibilidades sin despreciar lo anterior. Este recorrido que parece fácil en su enunciación cada día se hace más difícil, pero es necesario y casi nos atreveríamos a decir vital debido a la situación crítica en la que nos encontramos. Es un viaje hacia lo nuevo que no debe estar exento de estímulo y de nuevos retos, porque hasta el momento nos beneficiamos de ese mundo, de sus avances, para nuestras tareas más comunes, pero nuestra aportación ha sido mínima y nuestro acercamiento a ese nuevo espacio casi siempre débil, indeciso e inapreciable.

Las disciplinas humanísticas, y especialmente la Historia, deben marcar su impronta, dejar rastro en el espacio digital como en su día hizo en otros soportes que hoy consideramos como propios e idóneos para nuestras investigaciones. Manteniendo esa aspiración que supone integrar lo viejo en lo nuevo, para que el pasado se proyecte en el presente, cumpliremos la función

para la que estamos dispuestos como historiadores. De ahí que consideremos como un proyecto interesante y apasionante para los próximos años la tarea de incorporar la fotografía, como tecnología clásica para la imagen, en el nuevo espacio de la tecnología digital con la intención de hacer historia. De esta unión que procuramos entre fotografía y soporte digital, surge la propuesta que reivindica un nuevo discurso histórico mediante nuevas fuentes como la imagen. Precisamente por eso el proyecto de investigación aborda esencialmente, al menos en su desarrollo actual, el tratamiento de la imagen fotográfica en los nuevos soportes con la pretensión de hacer un discurso propio para la Historia, y mediante esta iniciativa la fotografía nos servirá de puerta de entrada o carta de presentación para que nuestra disciplina ensaye, disponga y se instale en el espacio digital.

De ser así, en primer lugar, concedemos una especial validez y dedicación a la imagen fotográfica, porque en la actualidad estamos asistiendo a la emergencia de la imagen, que tuvo su despertar con la invención de la fotografía y que, con la consolidación de las manifestaciones posteriores, ha conformado la llamada Sociedad de la Imagen. Con la perspectiva histórica adquirida, a estas alturas parece incuestionable afirmar que la imagen fotográfica ha conseguido alterar sustancialmente nuestra imagen del mundo, que ha estado trazada, posteriormente, por la aparición de la imagen cinematográfica, la televisiva y las fórmulas digitales, de tal forma que el siglo XX ha estado expuesto al espectáculo de las imágenes. Mientras que en otros campos como la documentación, las artes o la comunicación, se mantiene una estrecha relación y una larga tradición con la imagen, desde la disciplina histórica apenas se han hecho grandes esfuerzos por integrar a la fotografía como fuente de conocimiento y objeto de investigación.

En segundo lugar, este renacer de lo visual ha venido impuesto en gran medida por el concurso de los medios de comunicación, que han fundamentado su discurso informativo con los recursos visuales y, especialmente, en la prensa gráfica. Pero, sobre todo, se ha producido una evolución interna en cuanto a producción y especialización que la imagen fotográfica ha experimentado en las diferentes tecnologías de la imagen en las que, a pesar de la consolidación de otras imágenes, la fotografía mantiene su

vigencia y el atractivo original en este universo visual. Los historiadores inclinados recientemente en el estudio de los medios de comunicación tienen a su disposición, en la fotografía de prensa y en los archivos de las agencias, un instrumento y un espacio de trabajo que les permite abordar el fenómeno de la imagen y de sus usos en la comunicación visual.

La redundancia de lo visual se ha acentuado mucho más a medida que las tecnologías digitales se imponían e iban confiriendo a la imagen una presencia determinante en este nuevo espacio. Al mismo tiempo que los soportes digitales están generando sus propias imágenes, las codificadas mediante sus propios artificios o las que simulan un entorno virtual, su esfera de influencia está arrastrando también hacia lo digital a todas las imágenes anteriores, en un proceso de digitalización de la imagen que nos permite adentrarnos en una nuevas posibilidades de trabajo con la fotografía en este medio. La transformación que está experimentando la fotografía, no sólo en cuanto a su propia naturaleza —analógica frente a digital— sino también en la concepción de las tomas y procedimientos de captación, en su conservación y en su tratamiento, está propiciando que en la actualidad las primeras iniciativas conciban el soporte digital como un potente recipiente en el que todo cabe, aunque sea de cualquier manera. El espacio digital es un fuerte "atractor", es decir, que ese espacio que está empezando a formarse tiene una gran capacidad de atraer todo lo que hay al otro lado, ya que las posibilidades de depósito y su densidad para el registro son inagotables.

El espacio digital está engullendo a todas las fotografías, que abandonan así su existencia real y convencional y pasan al otro lado, provocando su propia metamorfosis, lo que alienta a las principales instituciones tanto privadas como públicas, a las grandes agencias de medios y a los proyectos académicos, a encontrar en el desarrollo tecnológico la vía para preservar y difundir sus fondos. Esto propicia que se empiecen a descubrir las primeras potencialidades de la fotografía en el soporte digital, que se apliquen las nuevas tecnologías a los archivos fotográficos históricos y de nueva creación, para que den como resultado la construcción de las grandes fototecas digitales. El tratamiento y la catalogación de las fotografías ha sufrido una revolución gracias al trabajo de los profesionales y a las aportaciones de los distintos investigadores, y el acceso a los fondos a través

de la red digital es ya una realidad que nos permite contemplar y adquirir desde las fotografías más antiguas y raras a las últimas imágenes captadas por los reporteros internacionales. El espacio digital se ha convertido en el medio más propicio para seguir manteniendo y ampliando la memoria visual de la humanidad.

Y en cuarto lugar, como hemos venido defendiendo a lo largo de este trabajo, la irrupción de lo visual potencia curiosamente a la fotografía como fuente para la memoria y como material de trabajo estimable para la disciplina histórica en los nuevos soportes. Ante el universo conformado por las imágenes actuales, la fotografía alberga capacidades para el recuerdo y la reflexión más activas y sugerentes que cualquier otra fuente visual, y, a su vez, integra nuevas fórmulas en la construcción del discurso visual histórico nunca antes contempladas. Hasta el momento, se ha incidido en exceso en la capacidad de registro que proporciona el soporte digital, su densidad y la facilidad de acceso animan a una primera utilización, por eso proliferan innumerables bases de imágenes publicadas en discos compactos o dispuestas en Internet. En este sentido, en nada se diferencian todas estas propuestas de nuestra Fototeca digital, tanto en la apariencia como en su estructura y en la mayoría de las funciones e instrucciones para su manejo y consulta. Pero las posibilidades de la fotografía con los medios que proporciona la tecnología digital son mayores y más amplias que el registro y la catalogación.

Para ampliar esta explicación, únicamente es necesario recordar que nuestro trabajo está determinado por la aspiración de conformar lo que hemos llamado memoria en soporte digital, mediante la utilización e integración de la fotografía como fuente para la memoria en el espacio digital, como sustento de esa memoria. La Historia necesita del registro para alimentar sus contenidos pero, al mismo tiempo y cada vez más, adolece de estructuras que nos permitan discurrir por esos registros, de la adecuación de una lógica de organización propia con la que podamos, finalmente, desarrollar nuestros discursos históricos en un soporte propicio para hacer memoria.

CONCLUSIÓN

La tecnología, a medida que ha ido evolucionando, ha ido contribuyendo cada vez

más a cambiar la cultura. Desde el arte de los metales de los antiguos, y los métodos de cultivo mejorados poco a poco a lo largo de los siglos, hasta las comunicaciones de hoy, pasando por el uso de la electricidad, la génesis de la energía atómica, los plásticos, los medios de transporte, terrestres y espaciales, y tantas otras aplicaciones, su influencia aumenta en extensión e intensidad de modo exponencial, hasta tal punto que cada vez es más importante su papel de creadora de cultura.

Pero todos esos avances tecnológicos, a pesar de sus éxitos y adaptaciones, han provocado una verdadera transformación en nuestras convicciones más asentadas, especialmente en el campo de las humanidades. La presencia de nuevas tecnologías en nuestro entorno de trabajo ha venido a ahondar mucho más en la separación que siempre se ha marcado entre las disciplinas científicas y las humanidades, llegando, incluso, a lo que se llama “la guerra de las ciencias” (que enfrenta a las sociales con las científicas), y que ha llevado a extender la idea, ya clásica y caduca, de que estos dos mundos deben permanecer ajenos y aislados entre sí.

Estamos inmersos en una de las mayores encrucijadas ante la que todavía no se han planteado las primeras soluciones. Ante este reto, dos son las actitudes que despierta la evolución tecnológica en el seno de las disciplinas humanísticas. Por un lado fija una dependencia extrema que constatamos por el uso excesivo de determinados especialistas, los que apuestan ciegamente por la incorporación de las nuevas tecnologías —los integrados⁹—, pero al mismo tiempo desata una cautelosa prevención en los que no quieren sentirse invadidos por un sistema que no le corresponde y se les antoja extraño —los apocalípticos—. En ese cruce de posturas se produce el desplazamiento, la desorientación y la duda ante el vertiginoso avance tecnológico y el desarrollo cultural que se está potenciando desde estos mismos medios.

Pero al igual que sucedió en el pasado, si bien aceptamos determinadas conquistas, nos resistimos a integrar otras por la auténtica revolución que suponen para nuestras vidas. En la actualidad, mostramos un gran recelo por las nuevas tecnologías y por todo el entorno que presupone la supremacía de la máquina. En parte por la pérdida de confianza en el progreso, en todo ese escenario futurible, una auténtica metrópolis tecnificada y robotizada que ya recrearon los antiguos cuentos de ciencia

ficción, que deja entrever un horizonte artificial que supera al natural en el que el hombre estará mimado por la tecnología. Pero sobre todo, porque constatamos diariamente la incomodidad de ese nuevo espacio en el que todavía no hemos sabido ubicarnos con naturalidad y que revela muchas carencias a la hora de adecuar sus funciones a nuestras exigencias.

En este sentido, si verdaderamente queremos reflexionar sobre este fenómeno desde las Humanidades, no podemos sustraernos al cambio tecnológico que atravesamos, pero tampoco podemos olvidar la determinación que en nuestra cultura han supuesto otros procesos culturales previos en el presente. Es decir, tenemos la obligación de equilibrar, de relacionar ambas dimensiones pues las dos son plenamente humanísticas (tanto la tecnológica como la cultural), porque en el equilibrio se estimula la creatividad y en su integración se encuentra la clave para la innovación en las disciplinas humanísticas. Es este punto en el que toma cuerpo la aspiración que hemos venido defendiendo de incorporar todo el bagaje cultural en las nuevas tecnologías digitales, que nos permitirá inclinarnos por la innovación antes que por el rechazo. Una resistencia que ha estado presente siempre en la propia evolución de la humanidad, aunque finalmente siempre se ha acabado por aprovechar y adecuar las ventajas de los avances tecnológicos.

En el desarrollo tecnológico más reciente se impone la cultura audiovisual, la revolución técnica que potencia la producción y el consumo masivo de información verboicónica como un aspecto central de nuestro tiempo que, partiendo de la fotografía, atraviesa hasta hoy variadas y potentes manifestaciones visuales. De entre todas las posibles, la fotografía, a pesar de los años o quizá precisamente por eso, ocupa un lugar predominante en las nuevas tecnologías para la imagen, que se sirven del soporte digital para formar parte de un nuevo discurso visual diferente al que se proyecta en otros medios.

Ante la inevitable sobreinformación visual y carácter pasivo que imponen determinados medios audiovisuales, entre los que destaca la televisión como ejemplo más evidente, surgen los soportes digitales y sus manifestaciones más conocidas —Internet, los entornos multimedia y la ediciones audiovisuales—, como un cambio trascendental, pues posibilitan la incorporación de la fotografía como parte fundamental de la estructura discursiva y, sobre todo, porque

potencia la interactividad y la lectura reflexiva de la imagen.

Pero es más importante el hecho de que las mismas tecnologías nos abren infinitas posibilidades para desarrollar la función esencial que los historiadores hemos ejercido a través del tiempo: hacer memoria. En primer lugar, la fotografía, como tecnología clásica para la imagen, dispone de unas propiedades exclusivas que se asemejan a las formas que la memoria tiene para filtrar información, mediante el instante fotográfico, y conectar esos instantes en un proceso, mediante una estructura discursiva coherente. Y en segundo lugar, el soporte digital, como la tecnología más transformadora, que reproduce como hasta ahora no habían logrado otros soportes las funciones de la memoria. Lo viejo y lo nuevo se unen así para procurar algo distinto, pero participando de la naturaleza de las dos manifestaciones.

Para los historiadores la fotografía es, como hemos comprobado, una excelente y útil fuente para hacer memoria, todo un legado visual que ofrece nuevos planteamientos para abordar los más diversos procesos históricos de nuestro tiempo. De ahí que mediante nuestro proyecto de investigación hayamos pretendido no sólo atender a la evolución y el tratamiento que ha experimentado la fotografía en los diversos medios que la han definido, rescatando de manera particular a la fotografía documental y la de prensa, sino cómo además ha revalorizado sus funciones en los actuales soportes para la imagen, destacando en este apartado a la fotografía digital. Con la imagen fotográfica como hilo conductor hemos pretendido articular diferentes aspectos con los que mantiene una estrecha relación: como su identificación con determinadas características de la memoria, su participación en la disciplina histórica como elemento conformador de esa memoria y su inclusión en los medios de comunicación visual (prensa, publicidad y centros de poder) como partes del sistema de información icónico actual.

En cuanto a su unión con el soporte digital, la fotografía ha pasado de estar aislada, y en algunos casos limitada, en los medios precedentes a estar asistida con las funciones propias que contemplan los nuevos soportes. En primer lugar, porque disponen de nuevas fórmulas para sistematizar la información visual y relacionarla a través de potentes bancos de imágenes que abren la posibilidad de un registro inusitado. Y además, porque desarrollan funciones tan importantes como la capacidad de

acceso inmediato y preciso de los datos, y la facilidad para actualizar constantemente cada parte sin desvirtuar y perder el sentido del conjunto de fotografías registrado. Pero no destacaríamos las potencialidades de estas propiedades del soporte digital si no definiéramos nuestra relación y actuación con lo contenido en la memoria exenta, mediante la aplicación de una lógica de organización y un criterio de selección similar al que practicamos con nuestra memoria, para que finalmente podamos discurrir por los diferentes procesos históricos con la participación y asistencia de la imagen fotográfica.

Para los próximos años a los historiadores se nos plantea el reto irrenunciable de seguir desarrollando nuestro trabajo desde unas tecnologías que están conformando el mundo y el esfuerzo por asumir nuevas fuentes para hacer memoria, ya que sólo así seremos capaces de captar el mensaje de los desafíos culturales y tecnológicos y de afrontar los cambios profundos que se anuncian antes de que sintamos su choque transformador.

NOTAS

¹ Rodríguez de las Heras, Antonio, *Navegar por la información*, Madrid, Fundesco, 1991, 55.

² Id., "Principios de Historia del Tiempo Presente", en Mario P. Díaz Barrado (coord.), *Historia del Tiempo Presente. Teoría y Metodología*. Salamanca, I.C.E.-Universidad de Extremadura, 1998, 23-29.

³ Esta propuesta se inserta dentro del proyecto de investigación *Bases de datos y producción digital: La imagen de la España contemporánea*, dirigido por el profesor Díaz Barrado, Mario P. y en el que participan profesores de diferente disciplinas de la Universidad de Extremadura y la Universidad Carlos III de Madrid. La base de imágenes sirve como herramienta de trabajo para los investigadores relacionados con el estudio de la fotografía, cuya publicación en red está prevista en la web del Seminario de Historia del Tiempo Presente de la UEx.

⁴ Un interesante y enriquecedor contraste entre las dos posturas que pugnan por la concepción del libro puede consultarse en el artículo "El futuro del libro y el libro del futuro", que en formato de una conversación mantenida entre los profesores Chartier, Roger y Rodríguez de las Heras, Antonio se publica en la *Revista Litterae. Cuadernos sobre Cultura escrita*, Madrid, editada por Calambur, 2001, número 1.

⁵ Numberg, G., *El futuro del libro. ¿Esto matará eso?*. Barcelona, Paidós, 1998, 289-292.

⁶ Sagredo Fernández, Félix; Espinosa Temiño, Blanca, "Del libro al libro electrónico-digital". *Cuadernos de Documentación Multimedia*, 9, (2000)

[revista en línea] Disponible desde Internet en:
<[http://www.ucm.es/info/multidoc/multidoc/revista/n
um9/cine/sagredo.htm#titulo](http://www.ucm.es/info/multidoc/multidoc/revista/n
um9/cine/sagredo.htm#titulo)> [con acceso el 23 de
noviembre de 2005].

⁷ La publicación de este libro digital es tan sólo de una parte esencial de todo el corpus teórico, y no sólo se ciñe a una lectura individual de sus contenidos, sino que además se entiende como un punto de encuentro y de debate con el autor y entre los distintos lectores. Rodríguez de las Heras, A., 2003. *Los estilistas de la sociedad tecnológica*. Instituto de Cultura y Tecnología de la Universidad Carlos III, Madrid [libro en línea]. Disponible desde Internet en: <<http://www.uc3m.es/uc3m/inst/MU/digital/estilistas1.htm>> [con acceso el 14 de abril de 2007].

⁸ Id., “Iconoclastas y biblioclastas”. *Revista ADES* (Asociación para la Difusión del Español y la Cultura Hispánica), 9 (mayo de 2000), 19-20.

⁹ Tal concepción llevaría a reproducir banalmente la división que vaticinó en su día Umberto Eco. Eco, Umberto, *Apocalípticos e integrados*. Barcelona, Editorial Lumen, 1994.